

La Palma.

SEMANARIO DE HISTORIA Y LITERATURA.

DOMINGO 14 DE FEBRERO DE 1841.

DE LAS

Comunidades en Mallorca.

AÑO 1521.

ARTÍCULO 2º

La ciutat desolada

Será per alguns dias;

Dirán Ave Marías

Per la gent morta.

Despres obrint la porta

De molts de fals juicis,

Mals regirán oficis

Cert temps y ora.

Profecía de Bernardo de Mogoda.

Aquel mismo dia el Virey llamando á su palacio á Juan Crespí bajo palabra de seguridad, le confirmó sus títulos y poder, accedió á que cada oficio presentase un electo para el arreglo de los negocios, y le suplicó mitigase aquellos escándalos; creia dominar así la revolucion colocándose á su frente, y salvar y sostener la autoridad, sancionando con ella la obra de la violencia, paraque se creyese que dirigia aun el carro la que iba atada á él y cautiva como trofeo del vencedor. Ignoraba cuan mal se avienen los poderes del derecho con los de la fuerza, y que la magestad popular la mas suspicaz y despótica de todas, no sale del cieno sino para envolverse con la púrpura, y que para ella se ha escrito el lema de «todo ó nada.»

Sin embargo los mismos insurgentes no veian

al principio el término de su camino, ni conocian el viento que los impelia. Al dia siguiente, 8 de febrero, trocaron á su gefe el nombre de *Capitan* en el de *Instador del beneficio comun*, temiendo usurpar jurisdiccion alguna; rehusaron la anulacion ofrecida por el Virey de los procesos que se les habian formado, como si sus hechos llevaran en sí mismos bastante justificacion; y prohibieron á los Jurados que volviesen con sus vestiduras é insignias de luto con que se habian cubierto en aquel dia de turbacion, como si no existiese innovacion que lamentar ni agraviados que dolerse pudieran. Merecen conservarse los nombres de estos Jurados á quienes colocó en posicion tan ardua y delicada un oficio casi siempre de mero honor y distincion, cuyas sillas de terciopelo estuvieron sembradas de tantas espinas, y cuyas gramallas mas de una vez peligraron en convertirse en túnicas de ajusticiados. Eran entónces; Juan Odon de Puigdorfila, Jurado *en Cap* ó noble, Guillermo Desmas y Jaime Martí, ciudadanos militares, Miguel Suñer y Jorge Arquer, mercaderes, y Rafael Arnau artesano. El primero permaneció hasta lo último firme en su puesto en medio de los nobles que cada dia caian bajo el puñal; y lo que es mas laudable aun, los jurados plebeyos en medio del triunfo de los de su clase procuraron siempre volverlos á la razon y ladearse en favor de los oprimidos y de la pisoteada autoridad.

Despues de medio dia vieron con terror aparecer en el salon de sesiones donde estaban con

algunos abogados y consejeros, á Juan Crespi seguido de 50 hombres armados. Protestó que era pacífica su venida, pero entre aquella comitiva y aquel congreso era tan imposible la paz y la moderacion como entre el esclavo prófugo y su amo, entre el reo libre y el juez que le ha juzgado, ó sabe ha de juzgarle mas adelante. Hubo reconvencciones, insultos, amenazas, armas apuntadas á los pechos, espadas pendientes sobre las cabezas. Los gritos que se percibian desde afuera conmovieron á la plebe que llenaba la plaza, difundieron voces alarmantes y peligros fingidos para inflammarla, y luego con las mismas banderas y los mismos clamores del dia anterior pasearon las calles de la ciudad, y guarnecieron sus puestos mas importantes, sin hacer caso del Virey que viendo su mediacion tan impotente como la vez primera, volvió al castillo con algunas insolencias mas, y algunas esperanzas de ménos.

No se desanimó sin embargo en sus esfuerzos para domesticar, por decirlo así, la revolucion, por medio de algunos secretos emisarios que y tenía entre los insurgentes logró que estos nombrasen por su magistrado al asesor del Baile quien empezó á ejercer sus funciones con entereza limpiando la ciudad de las cuadrillas de malhechores que las infestaban. Por la misma nave en que los comuneros enviaron por síndico á Su Magestad á otro de los hermanos Colom, llamado Jaime, con cartas para la Comunidad de Valencia, puesto que estaba por aquellos prohibido só pena de la vida que partiese embarcacion alguna sin su licencia, despachó el Virey dos emisarios con los procesos de los cuatro delincuentes, de los que habia mandado sacar copia secretamente por once escribanos mientras entretenia durante una hora á la muchedumbre que clamaba por los originales para aniquilarlos. Pero las exigencias de los descontentos aumentaban mas y mas y continuaban las alarmas y destruccion de procesos de los mas facinerosos criminales; el pueblo habia aprendido ya el camino de palacio, y se habian familiarizado con tales huéspedes aquellas magnificas estancias que en vez de súplicas resonaban ya con amenazas.

Entretanto cada dia se veian entrar nuevos escuadrones con cajas y banderas procedentes de varios pueblos de la isla, como si cada cual enviara á la capital su contingente de odios, para recoger el de venganzas; y en aquellos membrudos hombres que entraban como libertadores en la ciudad que sus abuelos habian envalde sitiado por dos años, en aquella alianza súbita y estrecha de tan diversas gentes, en aquellos gritos que solo venian á engrosar el unánime clamor, se descubria el terrible carácter de unidad y encarnizamiento que debia cambiar el tumulto en revolucion y la revolucion en matanza. Bien que el Virey hubiese recibido testimonios de fidelidad de las populosas villas de Inca, Pollensa, Lluchmayor y otros; bien que le hubiesen salvado los jurados de Valdemosa diciendo á los comuneros que pedian su destitucion que redujese á escrito sus pretensiones, á lo que estos no se atrevieron; la conmocion se estendia cual chispa eléctrica por todos los pueblos, y volvía á encender un fuego del todo no estinguido. La tentativa del caballero Pedro Raimundo S. Martí protegida por el Virey de penetrar en la ciudad con 400 hombres no sirvió sino para alarmar y enfurecer mas y mas á los comuneros que contando ya mas de 1800 hombres de armas, cerraron las puertas todas á excepcion de la *Pintada* y de *San Antonio* interceptando todas las cartas de las autoridades, colocaron centinelas á lo largo de las murallas, y oprimieron con gruesas multas para los gastos de su germania á cuantos en ella no convenian.

Durante un estado tan violento, en las órdenes que dirigian los insurgentes á los jurados y que llevaban el modesto nombre de memoriales, les suplicaban que ejerciesen su oficio, que no era el intento del Pueblo impedirles ni perturbarles, pero los protestaban de los daños que causarían sus resoluciones, y esta protesta se sabia lo que significaba. Los Jurados y autoridades no eran mas que los Consejos ó el Congreso sobre quienes el Pueblo, verdadero soberano, tenia su facultad de iniciativa, de sancion y de ejecución. Sin embargo queriendo

tener un congreso que lo fuese por su gracia y derecho, exigió se nombrasen dos electos de cada villa que en union con algunos de la ciudad tratasen de la reforma del reino, exigencia á que, despues de haber convenido hasta entonces con las demas, no creyó el Virey poder acceder, no advirtiendo que su primera capitulacion con el movimiento debia concluir por rendirse á discrecion, y que no podia detenerse un paso sin que el carro le pasase por encima.

Un dia, era el 16 de marzo, y habian llegado ultimamente 200 hombres de Alaró, se presentó Juan Crespí con otros seis en la sala de los Jurados, pidiendo que segun el privilegio concedido por D. Pedro IV de Aragon para que ningun aragones pudiera gobernar la isla, fuera como tal suspendido en su oficio don Miguel de Gurrea. Respondieron los Jurados que se ocuparian del asunto; pero los clamores de afuera les advirtieron que la plebe en la plaza lo habia ya discutido y resuelto. Y en seguida marchó ella misma á ejecutar su decreto á las voces de Viva el Rey, grito que presidia á todas las revoluciones y trastornos como profesion del principio monárquico, eje inmóvil al rededor del cual todo pasaba, protesta semejante á la inviolabilidad de los reyes constitucionales, con que la obra del monarca se destruia en su nombre mismo, y podia herirse en sus representantes mortales, respetando su diuinidad. Cerráronse las puertas del castillo, pero á los gritos y amenazas de aquella gente se les presentó el Virey con una dulzura y suavidad que recuerda la que nos pinta Manzoni en el canciller Antonio Ferrer que en ocasion semejante mostraba un semblante todo humilde, apacible, amoroso, un semblante que tenia reservado por si un dia habia de presentarse á S. M. Católica, y que se vió precisado á estrenar para la plebe de Milan. Aquella magestad plebeya es mas imponente todavía que la real, y dicha es cuando se paga de cumplimientos y sonrisas.

Ofrecióse entonces el Virey á conceder la peticion primera, pero el pueblo es un terrible

usurero que dobla sus deseos conforme se tarda en satisfacerlos, y no pedia ya ménos que la destitucion de la primera autoridad! Escalaron los comuneros el castillo por el muro del jardin, y penetrando en las estancias, por medio de su procurador notificaron al Virey su suspension. Volvióse entonces este á los Jurados, y á otros caballeros y magistrados que habian acudido, y en su semblante y en sus medias palabras conoció que no podia esperar de ellos un apoyo de que los mismos necesitaban. Estendióse el auto de suspension, que despues de muchas réplicas y modificaciones firmaron el Virey y los Jurados, tanto mas fácilmente cuanto de oculto hicieron otro en que se protestaba contra tan manifiesta violencia. Despues de numerosas acusaciones intentadas contra aquel gefe que se desvanecieron por sí mismas, y que son el enjambre de insectos que se precipita sobre el caido, se dispuso que sin salir del reino se embarcase para Iviza, porque él y el pueblo, el desposeido y el usurpador no podian permanecer cara á cara, sin peligro del uno y sin tumulto del otro. Así la insurreccion gauando siempre terreno, y ciñendo á la autoridad con sus numerosos pliegues llegó á sofocarla enteramente, como aquella mágica torre del cuento aleman cuyo techo y paredes se estrechaban cada dia mas y mas sobre el prisionero, y apretaban sus miembros, hasta oprimirle y romper sus huesos con un choque inevitable.

Tomó el mando Pedro de Pax como Baile general dejando con temor y dificultad el castillo de Bellver de que era capitán, y al que pronto tuvo que volver á guarecerse de la furia popular, sucediéndole en el puesto Juan Odon Uniz de San Juan. Pero el mando en realidad estaba en manos de los plebeyos, y mas desde que Jaime Colom vuelto de su embajada sin haber pasado de Valencia de cuya comunidad habia recibido instrucciones, echó voz de que traia órdenes de S. M. para que todos obedeciesen al Pueblo, y tuviesen por rebeldes y proscritos á cuantos no le seguian, órdenes de que nadie pensó en

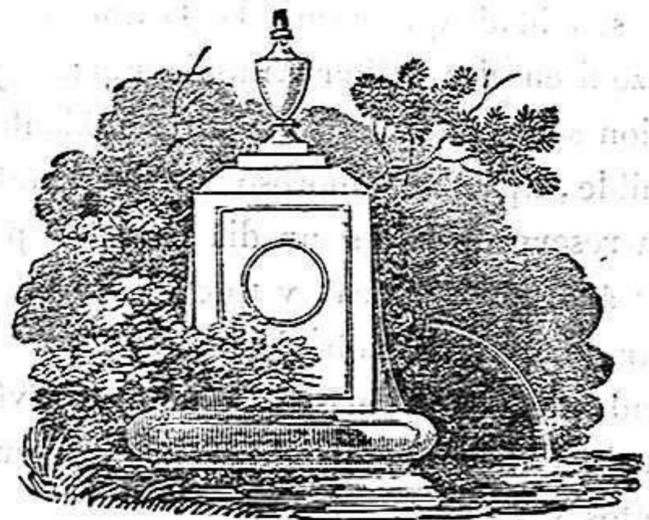
pedirle los documentos porque estaban en sus propios deseos y voluntad. Después de diferentes estatutos y formas de gobierno creadas y desechas en su mismo día, á mediados de abril eligieron de entre ellos trece conservadores á imitación de los que gobernaban á Valencia. Si se toma en cuenta lo espinoso de las circunstancias, y la fuerza de las pasiones de que en aquella época era difícil despojarse, no aparecerán enteramente condenables los actos de esos plebeyos magistrados. En medio de la general escasez en un momento de generosidad socorrieron á su costa con trigo y dinero á la isla de Iviza, frustrando así los intentos de los moros que aliándose con el hambre esperaban conquistarla. La penuria que crecía en la ciudad les obligó á armar algunos bajeles que en estas aguas apresaron muchas naves cargadas de trigo, cuyos daños se creían reparar pagando el precio religiosamente; especie de piratería autorizada por reales privilegios, y que formaba las leyes económicas y administrativas de aquel siglo, en que los pueblos á modo de salvajes, cuando tenían hambre, acometían. Metidos mas adelante en la reforma de los negocios públicos, teniendo á su frente á Juan Odon Colom, ocupáronse en la redencion de los censos que desde años atras pesaban sobre la municipalidad, en la estimacion de bienes raices, segun la cual debian pagarse las tallas en adelante por decreto de Fernando el católico, y en la abolicion del derecho de la sal, molienda, quinto del vino, y de unas impuestos personales, únicos que gravitaban sobre los plebeyos. Pero todos estos actos mas ó menos justificados ningun útil efecto produjeron por la pasión que los dictaba, y por los desórdenes que los acompañaban; y las autoridades y hombres prudentes que debieran sancionarlos ó dirigirlos, negaron su cooperación, ya por esquivéz de unirse con rebeldes, ya por timidez de rozar con sediciosos, retirándose uno tras otro á Iviza asilo de los desterrados. El árbol corrompido en sus raices no podia producir sino frutos de discordia y sangre.

Entretanto el 10 de junio llegaron cartas del

Rey en que se les mandaba volver al sosiego, y obedecer al virey depuesto; pero su lectura fué ahogada por los gritos de la muchedumbre clamando que eran falsas, é inflamándola en furor que pronto revolvió contra los caballeros. La voz del Rey habia sonado; no habia ya mas dilacion ni subterfugio; y el tumulto se hizo rebelion. En todos los trastornos así políticos como religiosos después de pasar por una serie de quejas, sentencias y apelaciones se llega á una tras la cual se proclama la independenciam y el rompimiento; díriase que la rebelion vá declinando todas las jurisdicciones, y rompiendo sus vínculos uno á uno, hasta declararse soberana y sentarse sobre el trono cuyas gradas lenta é hipócritamente ha subido.

Entonces empezaron los homicidios y atentados. En las revoluciones, así como en los dramas, desde las primeras escenas se prepara la catástrofe, pero no se derrama la sangre hasta los últimos actos. Abrióse el libro de las proscripciones, señalóse á los vencidos con el nombre de *mascarados*, y por las calles veíanse con terror aquellas manchas negras que producian luego otra de sangre en las casas en que se imprimian, mancha mas terrible que la cruz de almangre en la habitacion de un apesado, y que, diferente de la que señalaba en Egipto las puertas de los Israelitas, llamaba el cuchillo del esterminador sobre los nobles proscritos, sobre los primogénitos de la ciudad.

J. M. Q.



La
hija del verdugo!

Bajo el sombrío arteson

De una iglesia solitaria

Recogida,

Una joven su aflicción

Exhala en triste plegaria

Muy sentida.

Los sollozos del dolor

En su seno se perdían;

De su frente

Bajaba frío sudor,

Y sus ojos parecían

Un torrente.

Al pie del sagrado altar

De una Virgen dolorosa

Prosternada,

Así acertaba á implorar

Su protección poderosa

La cuitada.

¡O fuente de toda luz,

Muévate á piedad mi suerte,

Mi ardiente fé!

Por aquel que en una cruz

Sufrió ignominiosa muerte,

Amparamé.

¡Qué es la vida para mí!

Diez y seis años su peso

He arrastrado;

Y en la cuna, ni aun senti

De una tierna madre el beso

Regalado.

Ella vió al darme la vida

La infamia escrita en mi frente;

Y el deshonor

Legándome arrepentida,

Sucumbió al peso vehemente

De su dolor.

¡Por qué sola me dejó!

¡Por qué no la acompañé

En su ataud!

¡Quién mis lloros enjugó
Y en triste horfandad qué fue
Mi juventud!

Del desprecio y de la afrenta
Mis labios han apurado

La amarga hiel.

Y en su profesion sangrienta

Sigue quien el ser me ha dado

Duro y cruel.

El no entiende mi dolor,

Y en su empleo de homicida

No ansia otra suerte;

Su sonrisa inspira horror,

Y su caricia intimida

Como la muerte.

El homicidio es su dios,

El patíbulo su altar:

La cuchilla

Interpuesta entre los dos,

En nuestro afrentoso hogar

Siempre brilla.

Si al ménos de la amistad

Alcanzara en mi dolor

El dulce bien....!

Las jóvenes de mi edad

Se desvian con horror

Cuando me ven.

De la luna á los reflejos

Las vé el prado cada día

Ledas bailar:

Si las contemplo á lo léjos,

Su bulliciosa alegría

Me hace llorar.

Perene fiesta es su vida,

La mia eterno tormento.

El amor

A su ventura cumplida

Añade cada momento

Una flor.

El amor...! Oh! yo tambien

Lo conocí por mi mal

Un instante.

¡Triste ilusion para quien

Siempre el hacha y el dogal

Ve delante!

¡Por qué naciendo á sufrir

Darme una alma apasionada

Al cielo plugo?
¿Quién puede afectos sentir
Por la hija desventurada
De un verdugo?

Condujo un día el azar
A mi asilo retirado
Un forastero:
Era dulce su mirar,
Su language apasionado
Y lisongero.

En el afán de agradarme
De mí tan solo ocupado
Parecía;
Juraba nunca olvidarme,
Y loco de enamorado
Se decía.

Mas luego que el apellido
De la triste á quien amaba
Conoció,
Dejó mi lado corrido,
Y la mano que estrechaba
Rechazó.

Y partió. ¡Partió el infiel
Sin que ni un á Dios tuviera
Para mí!
¡Y en su desprecio cruel
Ni una mirada siquiera
Le debí!

Volverá? ¡Sí el corazón
Esta esperanza pudiese
Conservar!
¡Sí una voz de compasión
Mi alma abatida viniese
A consolar!

Ay! no: mi suerte está escrita,
Y en la tierra no hay mudanza
Ni consuelo.
La desdichada proscrita
Solo tiene su esperanza
En el cielo.

Allí do el celeste coro
De querubines presides,
O María,
Acoge mi ardiente lloro
Y mi padecer no olvides,
Madre mia.

Abrevia el martirio atroz

Que el mundo injusto y doloso
Me hace pasar.

Venga la muerte á mi voz,
Y de la tumba el reposo
Logre alcanzar."

II.

Su voto fué oído, al fúnebre osario
Un féretro humilde, sin pompa llegó;
Allí lo depuso sayon mercenario,
Y un sulco de tierra sus restos cubrió.

Natura su seno le abrió cariñosa,
La tierra acogiola con tierna piedad;
Tan solo una mano faltó generosa
Que junto escribiese *Por ella rogad.*

Ya entrada la noche, un hombre embozado,
De aspecto siniestro, de fiero mirar,
Inquieto, sombrío, con paso alterado
Al triste recinto se advierte llegar.

Entonces la luna las nubes yenciendo
Cual faro de muerte temblando lució;
Y el verdugo el sulco fatal descubriendo
Mirólo algun tiempo, pero no lloró.

G. J. ROSELLÓ.

UN SUEÑO

por JUAN PABLO RICHTER.

«Cuando se nos cuenta en la infancia que hacia media noche, hora en que el sueño se apodera de nuestra alma estrechamente, las visiones toman un giro mas siniestro, que los muertos se levantan, y remedan en las iglesias solitarias las religiosas ceremonias de los vivientes, la muerte nos espanta, porque es aquella la hora de los muertos. Al acercarse la oscuridad, apartando nuestras miradas de la iglesia y de sus negras vidrieras; los terrores de la infancia, mas presentes aun que sus placeres, toman alas para revolotear al rededor nuestro durante la dudosa noche del alma adormecida. Ah! no apagueis estas centellas, dejadnos nuestros sueños; que sean sombríos, no importa;

siempre serán mas dulces que nuestra actual existencia, volviéndonos á aquella edad en que el rio de la vida refleja los cielos todavía.

Una noche de verano, tendido sobre la cima de una colina, me adormecí, y soñé despertar en medio de las sombras en un cementerio. El reloj daba las once; las tumbas estaban todas entreabiertas, y las puertas de hierro de la iglesia se abrian y se cerraban con estrépito agitadas por una mano invisible. A lo largo de los muros veia correr sombras sin cuerpo que las proyectara, y en los aires otras sombras lívidas se elevaban; solo los niños reposaban en su ataud. Habia en los cielos una especie de nubarrón pardo, pesado, sofocador, cuyos largos pliegues recogia y apretaba una fantasma gigantesca. Bajo mis pasos oía la primera conmocion de un temblor de tierra, y encima de mi cabeza á lo léjos la caída de aludes. Vacilaba la iglesia entera; el aire estaba ensordecido por sonidos discordantes que en vano pretendian formar concierto; algunos pálidos relámpagos arrojaban una luz sombría. Empujóme el terror mismo á buscar abrigo en el templo ante cuyas puertas formidables estaban colocados dos fulminantes basiliscos.

Adelantéme entre la muchedumbre de sombras desconocidas que llevaban impreso el sello de antiguos siglos; empujábanse todas al rededor del desnudo altar, y su pecho solo era el que respiraba y se agitaba con violencia. Un muerto únicamente, desde corto tiempo enterado en la iglesia, reposaba en su mortaja; no habia latidos aun en su corazón, y un dichoso sueño hacia sonreír su semblante. Despertó súbito al acercársele un viviente, cesó de sonreír, abrió con penoso esfuerzo sus párpados entorpecidos: el lugar del ojo estaba vacío, y en el del corazón no habia mas que una herida profunda: levantó sus manos, juntólas para rogar; pero sus brazos se dilataron, separáronse del cuerpo, y sus manos juntas cayeron al suelo.

Al extremo de la bóveda de la iglesia estaba el cuadrante de la eternidad, en el cual no se veian ni cifras ni saetilla; una mano negra recorría lentamente su círculo, en dónde los muertos se esforzaban en leer el tiempo.

Entonces desde lo alto descendió sobre el altar una figura resplandeciente, noble, elevada, que llevaba el sello de un dolor inmortal: los muertos exclamaron: O Cristo!.... ¿no hay Dios?—Y respondió: No hay Dios.—Todas las sombras empezaron á temblar violentamente; Cristo continuó: He recorrido los mundos; me elevé mas arriba de los soles, y allí tampoco hay Dios: he descendido hasta los últimos límites del universo, he mirado dentro el abismo, y he clamado: Padre ¿dónde estás? Y nada oía sino la lluvia que gota á gota caía en el abismo; y la eterna tempestad, no regida por órden alguno, ha respondido únicamente á mi voz. Levantando luego mis ojos á la bóveda celeste, nada he visto en ella mas que una órbita negra, vacía y sin fondo. La eternidad reposaba sobre el caos, y lo roía, y se devoraba lentamente á sí misma. Redoblad vuestros lamentos amargos y desoladores, dispérsense las sombras entre agudos gritos, porque todo se consumió.

Las sombras desconsoladas se desvanecieron como el vapor blanquico condensado por el frío, la iglesia quedó luego desierta; pero de repente ¡terrible espectáculo! los niños, que por fin habian despertado en el cementerio, acudieron, y se prosternaron ante el magestuoso personaje que estaba sobre el altar, y clamaron: Jesus ¿no tenemos padre?—Y con un torrente de lágrimas, respondió: Huérfanos somos todos; ni yo, ni vosotros, ningunos tenemos padre. A estas palabras abismáronse los niños y el templo; y el edificio del mundo entero se hundió ante mis ojos en su inmensidad.

Esta fantasía de un autor extraordinario apenas conocido fuera de Alemania por su misma originalidad y elevacion, y para cuyas obras debiera, por decirlo así, inventarse una clasificacion y nombre nuevo, tan singulares son en sus formas y en su fondo; este fragmento de una poesía delirante y febril, segun Madama Stael que lo ha traducido en su libro de *La Alemania*, está tan léjos de la jurisdiccion de las comunes reglas literarias, como lo está de

la del entendimiento y razón el sueño que toma por objeto. Nada nos muestra tanto la preciosidad y necesidad de un bien como las hipótesis desconsoladoras que suponen su carencia, como las horribles pesadillas de que despertamos asiéndonos con fuerza al ser que creíamos perdido para siempre, y cuya grandeza medimos por el vacío que en su falta hemos sentido. Byron en su poesía de *Las Tinieblas*, que un colaborador nuestro tradujo en el número 6, intentó pintar la naturaleza sin sol; Richter ha pintado el universo sin Dios: el autor alemán debía llevar ventaja al inglés en la grandiosidad y terror de las imágenes, así por el asunto del cuadro, como por su carácter y genio nacional. En el espanto de la criatura privada de Dios transportado mas allá de la tumba, en esa eternidad de sepulcro y podredumbre presentado al hombre por único fin, en ese cruel desengaño de todas las virtudes, de todos los sacrificios, de todas las esperanzas dado por Cristo rey de los sacrificios y de las virtudes, hay tanto horror que no puede decidirse si es mas cruel estar sin Dios ó bajo las manos de un Dios vengador, y se vé la verdad de aquel sublime dicho de Bayle que *ni aun el ateísmo puede extinguir ni contrarestar el temor de los eternos tormentos*. Y en efecto ¿no es tan terrible, y quizá mas, este caos de Richter que todo el infierno de Dante?

«El objeto de esta ficción, decía su mismo autor, excusará su osadía. Si un día mi corazón llegase á tanta miseria, á tanta sequedad, que se extinguiesen en él todos los sentimientos que le anuncian la existencia de un Dios, y perdiese la conciencia de su propia vida, volvería á leer estas páginas, temblaría, y en el saludable horror que corriera por mis venas, volvería á encontrar mi salud y mi fé.»

J. M. Q.



TRISTEZA.

Traducción de LAMARTINE.

El alma triste semeja
De la noche al cielo, cuando
El astro que al sol refleja,
Adormido en sueño blando,
De su esfera el ruido aleja:

Cuando mas pura y sonora,
De sus pasos en las huellas,
Véase brotar mil estrellas,
Y que tantas fuesen ellas
No se creyera en la aurora.

Islas de luz mas brillantes
Que cuantas aquí se ven,
Y detras mundos flotantes,
Y olas de luz radiantes,
Que otros mundos son tambien.

Resuena en coros allá
Una armonía divina
Del cielo que gracias dá,
O del Angel que camina,
O del justo que aquí está.

Cual centellas luminosas
De nuestras almas de fuego,
Las plegarias fervorosas
Se remontan desde luego
Con sus alas misteriosas.

La tristeza que me inunda
Mis ojos baña sin duelo,
Como baña al seco suelo
La lluvia que le fecunda,
Y es un presente del cielo.

Bendita sea la hora
Que levanta mi alma á Dios!
Nazca ó espire el que mora
En la tierra siempre llora
O el destierro ó el Adios.

T. A.



PALMA DE MALLORCA.

Imprenta nacional á cargo de D. Juan Guasp.